

Prólogo

EN 1997 publiqué *Liberty or Death*, un libro sobre la independencia y la partición de la India. Casi inmediatamente después de su aparición, pensé en escribir una continuación que examinara el país desde una nueva perspectiva, considerándolo como aquello en lo que se estaba transformando y no como lo que otros querían que fuese. En la India se estaba produciendo una especie de liberación cuyos efectos aún no estaban claros. La nación parecía estar atravesando unos cambios épicos largamente esperados. Yo estaba enfrascado en la escritura de una biografía, aunque mientras trabajaba en ella estaba pendiente de las pequeñas revoluciones que tenían lugar en la India y los impulsos históricos que había detrás de ellas.

Casi todo el mundo tiene una opinión formada acerca de la India, aun cuando no haya estado allí. La odian o les encanta, la consideran mística o profana, la encuentran extravagante o ascética, consideran que su comida es la mejor o la peor del planeta. Para los asiáticos orientales es un país competidor y el origen de algunas de sus tradiciones espirituales. Para los americanos supone un desafío, un centro potencial de cooperación o rivalidad económica... Ambos países son distintos y descomunales; sus identidades nacionales están muy marcadas y hasta cierto punto fundamentadas, y sus poblaciones, locuaces, sienten admiración por el éxito empresarial. Para muchos europeos, la India es un lugar religioso con un mensaje indefinido y especial. Para los británicos es un vínculo

con el prestigio de antaño, una tierra interesante, sobre todo en el pasado. Para los paquistaníes –los hermanos escindidos de los indios– es un lugar amenazador y fascinante. Las opiniones públicas sobre la India están basadas en estos anticuados puntos de vista. En el país, las respuestas a los recientes progresos económicos están sujetas a menudo a los antiguos instintos socialistas frente al capital y la globalización o a considerarlos una réplica triunfal a las humillaciones de otros tiempos. La perspectiva poscolonial –vital durante los primeros años de libertad como una forma de sacar adelante a la nación y como antídoto contra las constantes suposiciones occidentales acerca del limitado destino de las antiguas colonias– se ha convertido en una camisa de fuerza intelectual que constriñe las ideas cuando se produce alguna novedad.

En *India* he intentado escribir acerca del país desde dentro y desde fuera..., o desde la distancia. La información se filtra a través de tres prismas distintos. El primero es político; el segundo, económico, y el tercero, social. Las historias, calamidades, aspiraciones y éxitos individuales de muchas personas constituyen el corazón del libro. Cada una de sus tres partes –*Rashtra* o nación, *Lakshmi* o riqueza y *Samaj* o sociedad– trata de responder, de una forma indirecta, a la misma pregunta: ¿por qué la India es como es en la actualidad?

Rashtra trata sobre el nacimiento de una nación. Para cualquier país, el momento de su concepción o formación es vital para explicar lo que ocurrirá después (pensemos en Israel o en Estados Unidos). En esos primeros tiempos, la India se convirtió en un faro para muchos pueblos de Asia y África que trataban de liberarse de las leyes de un país extranjero. El sueño acabó estancándose, mientras se imponía el control de un gobierno centralizado sobre la economía y la política. La India, aunque no de una forma real y efectiva, se mantuvo neutral durante la Guerra Fría, y la Unión Soviética se convirtió en un país amigo; sin embargo, muchos indios deseaban irse al extranjero en busca de fortuna. Aparecieron nuevos líderes

políticos, impulsados por afinidades regionales, religiosas o de casta, y la política de la India cambió, siguiendo sus propias convenciones y tradiciones. Unas cuantas familias adquirieron si cabe más importancia; el último capítulo de *Rashtra* aborda la auténtica forma en que funciona la democracia india y el triunfo del nepotismo.

En *Lakshmi*, la reciente liberalización económica se sitúa en un contexto histórico más amplio. ¿Por qué, después de la independencia, fue rechazado con tanta energía y contundencia el comercio internacional? ¿Qué convierte en próspera a una nación? ¿Por qué un pueblo educado en un régimen socialista se convierte en marcada e incluso codiciosamente capitalista, abrazando la idea de la creatividad económica? ¿Quién se hace inmensamente rico, quién consigue apañárselas y quién sigue siendo inmensamente pobre? El rápido crecimiento de la economía india echó chispas por una calamidad ocurrida en 1991, cuando lo que quedaba de las reservas de oro del país tuvo que ser vendido a Suiza en un intento por conseguir liquidez. No había nada inevitable en el ascenso de la India, y *Lakshmi* se sirve de las historias personales de los pobres y los ricos para explicar cómo ocurrió.

La tercera parte, *Samaj*, es más inconcreta: trata sobre los claros modelos sociales y las características que han hecho de la India lo que es. Se habla de muchas cosas que puede que en la India se den por sentado: el hecho de que al padre «intocable» de la Constitución no se le permitiera sentarse en un aula, el mal comportamiento de la policía y la burocracia, el papel de los sirvientes, la genética de las castas, la importancia de los numerosos musulmanes de la India y su lealtad al ideal nacional y la grande e imperecedera influencia de las expresiones de la fe. Mirando al pasado, y en ocasiones a momentos lejanos de la historia, se revelan las aparentes peculiaridades y las continuas lamentaciones del presente.

Globalmente, la India es definida a menudo en la actualidad como un país que tiene una ventaja competitiva sobre sociedades desarrolladas más inactivas que han dejado de lado el ahorro, ne-

gándose a posponer las gratificaciones. Los valores incrustados en el estilo de vida indio parecen haber adquirido una nueva e inesperada relevancia. Niranján, un amigo mío, me reenvió un correo electrónico. Defendía la idea de que la gente como él tenía una forma característica de actuar, y la presentaba dotada de una ventaja global. Al igual que otros indios, Niranján disfrutaba con la posibilidad de que muchos ciudadanos de su país se sintieran muy motivados y ya no se consideraran sólo víctimas del hambre o la superstición:

Un indio entra en un banco de Nueva York y pregunta por la persona que se encarga de los préstamos. Le cuenta que debe viajar dos semanas a la India por negocios y que necesita 5.000 dólares. El empleado le responde que el banco precisa de algún aval para concederle el préstamo; así pues, el indio le tiende las llaves de un ferrari nuevo que está aparcado en la calle, delante de la sucursal bancaria. Le entrega la licencia del vehículo al empleado y éste acepta el coche como aval del préstamo.

El director de la sucursal del banco y sus empleados se ríen a costa del indio por haber usado un ferrari que cuesta 250.000 dólares como aval de un préstamo de 5.000. Luego, uno de los empleados conduce el coche hasta el aparcamiento subterráneo del banco y lo deja allí. Dos semanas después, el indio regresa y devuelve los 5.000 dólares más los intereses, que ascienden a 15,41.

El responsable de los préstamos le dice: «Señor, nos alegramos de haber hecho negocios con usted; la transacción se ha llevado a cabo sin ningún problema, pero estamos un poco intrigados. Mientras estaba de viaje nos hemos informado sobre usted y hemos descubierto que es multimillonario. Lo que nos intriga es por qué se molestó en pedir un préstamo de 5.000 dólares». El indio le contesta: «¿En qué otro lugar de Nueva York podría aparcarse mi coche durante dos semanas por 15,41 dólares y esperar que siga ahí a mi regreso?».

¡Ah, la mentalidad india!

Con su coexistencia de la extrema riqueza y la más exuberante pobreza, su mezcla de cultura e ignorancia, sus contradictorias ideologías, su falta de uniformidad, su bondad y su crueldad, sus complejas relaciones con la religión, sus realidades paralelas y la rapidez de los cambios sociales, la India es un macrocosmos, la configuración por defecto del mundo para el futuro.